

mente en una especie de pintura que representará la figura ó la divisa del tirano; y ese sello de las mas vergonzosas esclavitud, será una de las invenciones del grande revolucionario, su primer ministro, designado, como hemos visto, por la segunda Bestia.

Referimos, no cabe duda, acontecimientos extraordinarios, pero no del todo increíbles. Esos acontecimientos están claramente anunciados en este pasmoso pasaje del Apocalypsi. *¿A este fin (la segunda Bestia) hará que todos los hombres, pequeños, y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, tengan una marca en su mano derecha, ó en sus frentes: y que ninguno pueda comprar, ó vender, sino aquel que tiene la marca, ó nombre de la Bestia, ó el número de su nombre; y el faciel omnes pusillus, et magnos, et divites, et pauperes, et liberos, et servos habere characterem Bestie in manu sua. ut in frontibus suis.* (Aroc. XIII, 16.) Hemos citado ya la última parte de ese texto. ¡Qué terribles días! que detestable tiranía! qué espantosa persecucion!

Del reinado del Anticristo, sin duda alguna, queria hablar Nuestro Señor, como lo prueba desde luego todo el contexto, cuando dijo á sus apóstoles, anunciándoles las catástrofes de los postreros tiempos: «porque será tan terrible la tribulacion entónces, que no la hubo semejante, desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás.» Y á no acortarse aquellos días, ninguno se salvaria; mas abreviarse han por amor de los escogidos. En tal tiempo, si alguno os dice: el Cristo ó Menias está aquí ó allí no le creais. Porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, y harán alarde de grandes maravillas y prodigios: por manera, que aun los escogidos (si posible fuera) caerian en error. Ya veis que yo os lo he predicho. (MATTH. XXIV, 21, et seq.)

No olvidemos nunca este aviso del divino Maestro. En estos días de vértigo que atravesamos, ha de servirnos de lumbrera, de brújula y de apoyo. No cabe duda, que se evita mas facilmente el peligro cuando se le espera, y se está preparado.

CAPÍTULO VIII.

Cuanto durara el reinado del Anticristo?

Leemos en el capítulo séptimo de la profecía de Daniel: *Y él hablará mal contra el*

Excelso, y atropellará los santos del Altísimo, y se creará con facultad de mudar los tiempos, y las leyes, y serán dejadas á su arbitrio todas las cosas por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo. Y despues se celebrará juicio, á fin de que se le quite el poder, y sea destruido, y perezca para siempre. (VII, 25.) Estas palabras concordarían perfectamente con aquellas del capítulo trece del Apocalypsi, que trata del Anticristo: *Y se le dió facultad de hacer la guerra por espacio de cuarenta y dos meses* (XIII, 5.) El Evangelista habia anunciado antes, en el capítulo once, que *los Gentiles han de hollar la ciudad santa, es decir, la Iglesia, durante cuarenta y dos meses*; (XI, 2.) y en el capítulo doce, que *entonces la Iglesia luirá al desierto, donde tendrá un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta dias.* (XII, 6.)

La mayor parte de los comentadores, entre otros Lira, Menquio, Estio, Tyrino, Holzhauser, Gagné, Lachétardie, los autores de la Biblia de Vence, explicando esas palabras, aseguran; que han sido aplicadas por el mayor número de los Padres y Doctores de la Iglesia á la persecucion del Anticristo, que durará, por consiguiente, tres años y medio; porque tres años y medio representan cuarenta y dos meses, ó mil doscientos sesenta dias.

Así, pues, á contar desde el momento en que el poderoso dominador se haya apoderado del mundo entero, y que, ó por admiracion, ó por terror, *enmudezca la tierra delante de él*, no transcurrirán más que tres años y medio hasta su muerte. Pero ¡cuántos males y dolores para los escogidos de Dios en ese corto intervalo! Si esos tiempos fueran mas largos, todos se dejarían seducir y arrastrar á la perdicion. Mas, aunque cortos, serán todavía abreviados por la misericordia de Dios, siempre tierna con sus escogidos, *propter electos breviantur*. Algunos intérpretes, fundados en los textos sagrados, han afirmado, despues de ordenados sus cálculos, que esta abreviacion de las desgracias de la Iglesia, bajo el Anticristo, será de doce dias y medio. Nos contentamos con citar su opinion sin aprobarla ni contradecirla; solo el porvenir podrá mostrar lo que tiene de verdadera, á no ser favorecidos con una revelacion particular. (1.)

(1) Véase la nota V.

Sin embargo, no se crea, que el reinado de ese poderoso potentado no comience muchos años antes. El no llegará de un salto, sino por pasos contados al imperio del universo.

Ahora, si desean nuestros lectores conocer los principales acontecimientos políticos, con cuyo concurso su dominacion llegará hasta el apogeo, que segun las santas Escrituras y los comentarios de los doctores, acabamos de anunciar; mediten bien sobre los siguientes textos de la profecía de Daniel y del Apocalypsi.

«Quise enseguida informarme por menor de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, y sobremenera horrosas; cuyos dientes y uñas eran de hierro, y que comia y desmenuzaba, hollando con sus piés aquello que quedaba: é informarme asimismo acerca de las diez astas que tenia en la cabeza: y de la otra asta que le habia comenzado á salir, al aparecer la cual habian caido las tres astas; y de como aquella asta tenia ojos y boca que profetisa cosas grandiosas, y era mayor que todas las otras. Estaba yo observando, y hé aquí, que aquella asta hacia guerra contra los santos, y prevalecia sobre ellos, hasta tanto que llegó el Anciano de muchos dias, y sentenció en favor de los santos del Altísimo, y vino el tiempo, y los santos obtuvieron el reino. Y aquel me habló así: La cuarta bestia será el cuarto reino sobre la tierra, el cual será mayor que todos los reinos, y devorará toda la tierra, y la hollará y desmenuzará. Y las diez astas del dicho reino serán diez reyes, que será más poderoso que los primeros, y derribará tres reyes. Y él hablará mal contra el Excelso, y atropellará los santos del Altísimo, y se creará con facultad de mudar los tiempos, y las leyes, y serán dejadas á su arbitrio todas las cosas por un tiempo y dos tiempos, y la mitad de un tiempo. Y despues se celebrará juicio, á fin de que se le quite el poder, y sea destruido, y perezca para siempre. Y para que el reino y la potestad, y la magnificencia del reino, cuanta hoy debajo de todo el cielo, sea dada al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino sempiterno, y á él le servirán y obedecerán los reyes todos.» (DAN. VII, 19 et seq.)

«Los diez cuernos, que viste, diez reyes son: los cuales todavía no han recibido reino, mas recibirán potestad como reyes por una hora ó por breve tiempo despues de la bestia. Estos tienen un mismo destino, y entregarán á la bestia sus fuerzas y poder. Estos pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá: siendo como es el Señor de los señores, y el Rey de los reyes, y los que con él están, son los llamados, los escogidos, y los fieles..... Porque Dios ha movido sus corazones para que hagan lo que á él le plugo; y den su reino á la bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios.» (Aroc. XVII, 12 et seq.)

De estos dos pasajes, que concuerdan en un modo admirable, aunque escritos con más de quinientos años de intervalo, se han sacado las conclusiones siguientes:

En primer lugar; del imperio Romano, representado por la cuarta bestia, se formará cierto número de reinos, en los cuales reinarán sucesivamente un número indeterminado de reyes hasta la venida del Anticristo. La generalidad de esos monarcas está indicada con estas palabras: *los diez cuernos; decem cornua.*

En segundo lugar; á la venida de este hijo de perdicion, que será el undécimo cuerno, ó bien, el jefe del undécimo reino, la Europa, ó los países de que se componia en otro tiempo el imperio Romano, estarán divididos en diez principales potencias, republicas ó monarquias, que, al principio, no formarán parte del imperio del Anticristo.

En tercer lugar; á la par de esos diez reyes y de un país extranjero, saldrá y se elevará el Anticristo, cuyo poder irá rápidamente en aumento, y declarará la guerra, no á todos los diez, á la vez, sino sucesivamente, segun los consejos y proyectos de la más astuta política.

En cuarto lugar; esta primera guerra tendrá para él un resultado feliz; pues en poco tiempo, vencerá y humillará á tres de esos potentados, que habrán intentado contrarrestar sus designios y resistir á sus injustos ataques. Lo que visto por los otros cinco, será tal su temor, por cierto muy mal consejero, que, desconfiando de sus fuerzas, se arrojarán voluntariamente á los piés de su enemigo, antes de ser reducidos por la fuerza á tan vergonzoso extremo. Sus estados serán, por el hecho mismo de

su sumisión, anexionados á los del Anticristo.

En quinto lugar, esos reyes pusilánimes, convertidos en ministros y vasallos del fiero vencedor, le prestarán su concurso, llevándole todo su poder anterior, dejando incorporar sus ejércitos al suyo, y ofreciéndole obediencia, como dóciles lugartenientes á su general. Y, por ese hecho, el Anticristo llegará á ser el dominador universal, el dueño absoluto de todo el mundo antiguo.

En fin, ese hombre lleno de astucia, sometiendo entónces á esos reyes decaídos á su yugo, por medio de la seducción de sus discursos y de sus prestigios, conseguirá bien pronto persuadirles, que no hay otro Mesías ni otro Dios que él; y les exigirá un tributo de adoración, al menos exterior, que no se atreverán á rehusarle, y sirviéndose de ellos enseguida como de instrumentos para combatir á la Iglesia, destruirá enteramente, y aniquilará con ella hasta el último de los hijos de Dios, si le fuese posible.

Pero tan espantosa persecución, como acabamos de ver, durará poco tiempo. A esos miserables tiranos, que se pondrán á sus órdenes, lo mismo que á su detestable jefe, Dios no les permitirá hollar la tierra y afligir á sus escogidos, más que por espacio de tres años y medio, á contar, desde el día en que el soberbio conquistador, después de haber reunido á sus adversarios y rivales, se habrá proclamado el único monarca del universo.

Ved ahí los rasgos generales del cuadro que debe formar en la historia la subida del Anticristo al trono del mundo. Puédense, sin temeridad, trazar de antemano estos rasgos, porque se fundan en las palabras proféticas, que han citado, y explicado, á la vez, como nosotros, la mayor parte de los comentadores. En cuanto á los detalles, el porvenir únicamente los enseñará, designando los nombres propios de los individuos y de las nacionalidades. Nosotros solo prevemos, que el sistema de las anexionaciones prevalecerá desde luego. Los pueblos del mismo origen, se reunirán bajo un mismo cetro; y bien pronto uno de esos grandes imperios absorberá los otros, porque será el más fuerte. Y el establecimiento de esta dominación ultra-preponderante, por no decir única, inaugurará el reino del

Anticristo. ¡Aviso á los príncipes y á los pueblos de nuestra época!

CAPÍTULO IX.

ATLETAS QUE COMBATIRÁN AL ANTICRISTO.

Esta materia es muy curiosa y al mismo tiempo consoladora para los fieles servidores de Dios; permitásenos, pues, entrar en largos detalles; los tomaremos únicamente de los Libros santos.

Léese en el capítulo XI, del Apocalypsi: «Entre tanto yo daré orden á dos testigos á míos, y harán oficio de profetas cubiertos de sacos ó hábitos de penitencia, por espacio de mil doscientos y sesenta días. «Estos son dos olivos, y dos candeleros

«puestos en la presencia del Señor de la tierra. Y si alguno quisiera maltratarlos, «saldrá fuego de la boca de ellos, que devorará á sus enemigos: pues así conviene «sea consumido, quien quisiera hacerles «daño. Los mismos tienen poder de cerrar «el cielo, para que no llueva en el tiempo «que ellos profetizan: y tienen también po- «testad sobre las aguas para convertir las «sangre, y para afligir la tierra con toda «suerte de plagas siempre que quisieran. «Mas después que concluyeren de dar testi- «monio, la bestia, que sube del abismo, «moverá guerra contra ellos, y los vene- «rará, y les quitará la vida. Y sus cadáveres «yacerán en las plazas de la grande ciu- «dad, que se llama misticamente Sodoma,

«y Egipto, donde asimismo el Señor de «ellos fué crucificado. Y las gentes de las «tribus, y pueblos, y lenguas, y naciones, «estarán viendo sus cuerpos por tres días, «y medio: ni permitirán que se les dé se- «pultura: y los que habitan la tierra se re- «pocójirán con verles muertos, y harán «fiesta: y se enviarán presentes los unos á «los otros, ó se darán albricias, á causa de «que estos dos profetas atormentaron con «sus reprensiones á los que moraban sobre «la tierra. Pero al cabo de tres días, y me- «dio, entró en ellos por virtud de Dios el «espíritu de vida. Y se alzaron sobre sus «pies, con lo que un terror grande sobre- «pocógió á los que los vieron. Enseguida «oyeron una voz sonora del cielo, que les «decía: Subid acá. Y subieron al cielo en «una nube: y sus enemigos los vieron.»

(XI, 3 et seq.)

De este texto tan admirable y tan preciso, se concluye naturalmente, desde luego: que, durante la persecución del Anticristo, que será la última y más horrible de todas, como lo ha positivamente predicho Nuestro Señor en el capítulo XXIV de san Mateo, la divina Bondad, enviará en socorro de sus escogidos muchos robustos atletas de la fe, que lucharán vigorosamente, con sus elocuentes predicaciones, contra las imposturas de ese abominable déspota, y neutralizarán, al mismo tiempo, el prestigio de sus falsos milagros con grandes y verdaderos prodigios. Al frente de ellos, para dirigirlos, fortalecerlos y conducirlos al combate, Dios pondrá dos personajes notables por su celestial piedad, su sabiduría sobrehumana, su ciencia angélica, su indomable valor, su paciencia invencible.

Esos dos hombres extraordinarios, serán los profetas Enoch y Elias, que vivieron en la tierra, el primero, antes del diluvio y bajo la ley natural, y el segundo, después de la construcción del templo de Salomón y bajo la ley de Moisés.

Esta proposición causará quizás admiración á alguno de nuestros lectores, no eclesiásticos; mas nosotros lo probaremos en las páginas siguientes. Mediten con atención las palabras sagradas que vamos á citar, y bien pronto quedarán, estamos seguros de ello, enteramente convencidos.

§ 1.—Pruebas de la venida de Enoch.

Leemos en el capítulo V del Génesis: *Vivió Enoch, hijo de Jared, sesenta y cinco años, y engendró á Mathusalem, y el proceder de Enoch fué según Dios; y vivió, después de haber engendrado á Mathusalem, trescientos años, y engendró hijos é hijas. Y todos los días de Enoch fueron trescientos y sesenta y cinco años. Y siguió caminando en pos de Dios, y desapareció: porque le trasladó Dios al paraíso.* (V, 21 et seq.)

Léese en el capítulo XLIV del libro del Eclesiástico: *Enoch agrado á Dios, y fué trasportado al paraíso para predicar al fin del mundo á las naciones la penitencia.* (XLIV, 16.)

San Pablo en el capítulo XI de su Epistola á los Hebreos, dice: *Por la fe fué trasladado Enoch de este mundo para que no muriese, y no se le vió más, por cuanto Dios le trasportó á otra parte que no se sabe: mas*

antes de la traslación tuvo el testimonio de haber agrado á Dios.

(XI, 3.) Finalmente, en el capítulo IV del libro de la Sabiduría, se encuentra el pasaje que varios comentadores refieren al del Génesis que dejamos citado: *Porque el justo agrado á Dios, fué amado de él; y como vivía entre los pecadores, fué trasladado á otra parte: fué arrebatado para que la malicia no alterase su modo de pensar, ni sedujesen su alma las apariencias engañosas del mundo.* (IV, 10 et 11.)

Además de los dos doctos y muy estimados comentadores Estio y Cornelio á Lápi-de, casi todos los santos Padres, apoyados en los textos precedentes, han enseñado, que Enoch, el más santo de los personajes anteriores al diluvio, desapareció súbitamente de la tierra y de en medio de su familia; y que el Señor, lo trasladó en cuerpo y alma, á un lugar desconocido de los hombres, desde donde le enviará, hácia el fin de los tiempos, á predicar la penitencia á las naciones, y oponerse á los estragos del Anticristo y sus adherentes. Tal ha sido en todos los siglos, la tradición de la Iglesia, tal la enseñanza de la mayor parte de sus doctores, y tal la creencia de sus hijos, por poco versados que estén en la ciencia de las santas Escrituras.

§ 2.—Pruebas de la venida de Elias.

Léese en el capítulo II del IV Libro de los Reyes: «Y sucedió que cuando el Señor quiso arrebat al cielo á Elias en un torbellino de fuego, venían Elias y Eliséo caminando de Gálgala. Y dijo Elias á Eliséo: «Quédate aquí, porque el Señor me envía á Bethel. Al cual respondió Eliséo: Te juro por el Señor, y por tu vida, que no te dejaré. Llegados que fueron á Bethel, fueron los hijos ó discípulos de los profetas que estaban allí á encontrar á Eliséo, y dijéronle: «¿No sabes tu como hoy se te llevara el Señor á tu amo? Si que no sé, respondió él: callad, Dijo nuevamente Elias á Eliséo: Quédate aquí, porque el Señor me envía hasta Jericó. Te juro por el Señor y por tu vida, le respondió, que no te dejaré. Así que llegaron á Jericó, acercáronse á Eliséo los hijos de los profetas que moraban allí, y dijéronle: «¿No sabes tu que hoy el Señor se llevará á tu amo? Si lo sé, respondió él; pero callad. Dijole

otra vez Elias: Quédate aquí, porque el Señor me envía hasta el Jordán. Replicó Eliseo: Júrole por el Señor y por tu vida que no me apartaré de ti. Marcharon pues ambos á dos; y fuéronles siguiendo cincuenta de los hijos de los profetas, los cuales se detuvieron á lo léjos enfrente de ellos, mientras que los dos se pararon en la orilla del Jordán. Entónces Elias se quitó el manto, y doblólo, é hirió con él las aguas, las cuales se dividieron á uno y á otro lado, y pasaron los dos á pie enjuto. Así que hubieron pasado, dijo Elias á Eliseo: Pido lo que quieres que yo haga por tí, antes que sea de ti separado. Y Eliseo dijo: Pido que sea duplicado en mí tu espíritu. Contestó Eliseo: Cosa difícil es la que has pedido. No obstante, si tú me vienes al tiempo que sea arrebatado de tu lado, tendrás lo que has pedido: más si no me vienes, no lo tendrás. Así proseguían su camino andando y hablando entre sí, cuando hé aquí que un carro de fuego, con caballos tambien de fuego separó de repente al uno del otro; y Elias subió al cielo en un torbellino. Estaba Eliseo mirándole, y gritaba: Padre mio, Padre mio: Carro armado de Israel, y conductor suyo. Y ya no le volvió á ver más.

En el capítulo IV de la profecía de Malacías leemos: «Porque hé aquí que llegará aquel día semejante á un horno encendido, y todos los soberbios, y todos los impíos serán como estopa; y aquel día que debe venir los abrasará, dice el Señor de los ejércitos, sin dejar de ellos raíz ni rrenuevo alguno. Mas para vosotros los que temeis mi santo Nombre nacera el Sol de justicia, debajo de cuyas alas ó rayos está la salvación; y vosotros saldréis fuera, saltando alegres como novillos de la manada: Y hollaréis á los impíos, hechos ya ceniza, debajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo obraré, dice el Señor de los ejércitos. Acordaos de la Ley de Moisés mi siervo, que lo intímé en Horeb para todo Israel, la cual contiene mis preceptos y mandamientos. Hé aquí que yo os enviaré el profeta Elias, antes que venga el día grande, y tembando del Señor. Y él reunirá el corazón de los padres con el de los hijos, y el de los hijos con el de sus padres; á fin de que yo en viniendo no hiera la tierra con anatema.» (IV).

Tambien se halla el siguiente pasaje en

el capítulo XLVIII del Eclesiástico: «Levantóse despues el profeta Elias, como un fuego, y sus palabras eran como ardentísimas teas. Hizo venir sobre ellos la hambre, y fueron reducidos á un corto número los que por envidia le perseguian; porque no podían sufrir los mandamientos del Señor. Con la palabra del Señor cerró el cielo, del cual por tres veces hizo bajar fuego. Así se hizo célebre por sus milagros. ¿Y quién, oh Elias, ha alcanzado tanta gloria como tú? Tú en virtud de la palabra del Señor Dios, sacaste vivo del sepulcro á un difunto, arrancádoselo á la muerte. Tú arrojaste los Reyes al principio, y quebrantaste sin trabajo su poderio, y en medio de su gloria los trasladaste del lecho al sepulcro. Tú oíste en el monte Sinai el juicio del Señor, y en el de Horeb los decretos de su venganza. Tú angustia ó conagraste Reyes para que castigasen á los simpíes, y dejaste despues de tí profetas sucesores tuyos. Tú fuiste arrebatado en un torbellino de fuego sobre una carroza tirada de caballos de fuego. Tú estás escrito en los decretos de los tiempos venideras para aplacar el enojo del Señor, reconciliar el corazón de los padres con los hijos, y restablecer las tribus de Jacob. Dichosos los que te vieron y fueron honrados con tu amistad; porque nosotros vivimos solo esta vida momentánea; más despues de la muerte no será nuestro nombre como el tuyo. En fin, Elias fué encubierto por el torbellino; y quedó en Eliseo la plenitud de su espíritu.» (XLVIII, 1 et seq.)

Los dos sábios comentadores, que hemos citado, afirman tambien, que todos los intérpretes de los Libros Santos, fundándose en los textos sagrados, han enseñado, que el profeta Elias, que fué elevado al cielo en un carro de fuego, volverá antes del fin del mundo, para predicar la verdadera doctrina de Dios, durante la persecucion del Anticristo, y convertir, al mismo tiempo, los Judíos á la fe católica, al Evangelio del mismo Señor Jesucristo que crucificaron antiguamente sus padres, ciegos y endurecidos. Esta es, por otra parte, la tradicion constante de la Iglesia; así lo han creído los fieles cristianos de todos los siglos; como lo creyó siempre la vieja sinagoga con sus doctores.

Es, pues, cierto, que Enoch y Elias de-

ben venir al mundo al fin de los tiempos. Bossuet resume la enseñanza de la Iglesia sobre este punto. Hé aquí sus palabras, en el prefacio de su *Explicacion del Apocalypsi*: «La venida de Enoch y de Elias es casi tan célebre entre los Padres, como la venida del Anticristo. Esos dos Santos, no en vano han sido trasportados de un modo extraordinario de entre los hombres en cuerpo y alma. Su carrera no parece haber concluido, y debemos creer, que Dios les tiene reservados para alguna grande obra. La tradicion de los Judíos, como la de los cristianos, les hace volver al fin de los siglos. Esta tradicion, respecto á Enoch, se conserva en el Eclesiástico. Pues si la lectura del Griego no es muy clara, se suple en este pasaje, como en muchos otros, por la de la Vulgata, de la que ningun hombre de sentido comun, aunque protestante, despreciará la autoridad. Con tanta mayor razon, cuanto, que no solo los Padres latinos aseguran que volverá Enoch: sino tambien los griegos. En cuanto á la vuelta de Elias, habla de ella en términos formales Malacías, diciendo, que vendrá cuando esté cercano el grande y muy temible día del Señor, ó, en nuestro concepto, el día del juicio. El Eclesiástico parece tambien entenderlo así. Es necesario, pues, ser algo más que temerario, para rechazar la tradicion de la venida de Enoch y Elias al fin de los siglos, porque ella ha sido reconocida por todos ó casi todos los Padres.»

§ 3.—Respuesta á una objecion.

No obstante, á esta creencia unánime de los fieles y de los doctores se le hace la objecion siguiente: En el capítulo XVII de san Mateo, Nuestro Señor, contestando á los apóstoles, que le habian interrogado sobre el profeta Elias, les dijo: *En efecto, Elias ha de venir, y restablecerá todas las cosas: pero yo os declaro que Elias ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo cuanto quisieron. Así tambien harán ellos padecer al Hijo del hombre. Entónces entendieron los discípulos que les habia hablado de Juan Bautista.* (MATHE. XVII, 11 et seq.)

En efecto, se añade; cuando el ángel anunció al sacerdote Zacarías, que tendria un hijo, le dijo de él: *Irás delante del Señor, revestido del espíritu y de la virtud de Elias:*

para reunir los corazones de los padres con los de los hijos. Luego, no es absolutamente cierto, que las palabras del profeta Malacías y del Eclesiástico, deben entenderse de una segunda venida de Elias en la tierra.

Es muy fácil contestar á esa dificultad. Algunos teólogos tímidos la suscitaron al fin del siglo anterior, para mostrar á los falsos filósofos, que atacaban con tanto encarnizamiento la fe y las tradiciones de la Iglesia, que no eran sus partidarios, ó cómplices, sino más bien adversarios de los fanáticos doctores, que quieren tomar al pie de la letra todas las palabras de la Escritura. Esos buenos teólogos, entre los cuales estamos á veces tentados á contar el docto Bergier, creian, sin duda, que reverenciando la filosofía anticristiana de la época, suavizarian la cólera de sus adeptos, tan encarnizados, contra las doctrinas de la Revelacion. Haciéndose, de esta suerte, cuanto les era posible, discípulos de la Razon, acerca de una multitud de cuestiones, algunas de ellas muy importantes, esperaban conducir á los ateos y deístas á la obediencia de la fe. ¡Lastima que no hubieran vivido medio siglo más! entónces habrian comprendido, que de nada sirve debilitar ni disminuir la verdad, por dura y áspera que ella sea, para las almas mundanas. Su pusilánime condescendencia por el Naturalismo y Racionalismo del siglo xviii, no inspiraron á nadie el amor de la doctrina revelada, ni impidió, que los sistemas impíos, que prevalecian entónces, produjeran la más espantosa de las revoluciones. Es necesario predicar al mundo el Evangelio, tal como es en sí; los dogmas de la fe, tales como los ha enseñado siempre la verdadera Iglesia. Guardémonos de mezclar nada humano con lo que viene de Dios: toda atenuacion ó alteracion de la palabra divina, es, por lo ménos, inútil, cuando no desastrosa.

Mas volvamos á la objecion expuesta. Bastarán dos palabras para destruirla. Si Nuestro Señor, en dos pasajes de su Evangelio, ha atribuido á San Juan Bautista lo que dice Malacías del profeta Elias, no por eso excluyó el otro sentido: muy al contrario, se dignó insinuarlo con estas palabras: *y si quereis entenderlo, el mismo es aquel Elias que debia venir.* Es evidente, que quiso dar á entender, que es misterioso ese pasaje, y que encerraba otro sentido, acerca

del cual no quería explicarse en aquel momento. Además, diciendo: *En efecto, Elias ha de venir; pero yo os declaro que Elias ya vino, y no lo conocieron*, no nos obliga a preguntarnos: ¿cómo se dice, qué ha de venir, si ya vino? Para conciliar las dos cosas, es necesario decir, que debía venir dos veces: la primera, bajo la figura de San Juan Bautista; y la segunda, en propia persona, cuando esté cerca el último día. Y si el Evangelio compara a San Juan Bautista con Elias, es evidente, que los dos son precursores de Jesucristo, el uno, en su primera venida; el otro en su segunda.

He tomado de Bossuet este razonamiento, que, á su vez, lo tomó de San Juan Crisóstomo, y de los doctos comentarios del cardenal Cayetano, sobre el Evangelio de San Marcos.

§ 4.—Del grado de fe que merece esta profecía.

Repelimos, que Enoch y Elias vendrán á la tierra antes del juicio final. Segun Cornelio á Lápide, es una verdad próxima á la fe católica, que estos dos grandes profetas no han muerto. La Providencia divina les ha colocado, hasta la época de su retorno, en una especie de paraíso terrestre, ó sea, en un lugar lleno de encantos y de atractivos, en la tierra, ó en otra parte, conocida solo de Dios y de sus ángeles; donde viven sin experimentar necesidad ni dolencia alguna, ocupados en amar y adorar, en rogar y bendecir al Señor.

Confesamos con ingenuidad, que esa existencia y esa vuelta de los dos grandes profetas son cosas extrañas; sin embargo, no nos admiran ni sorprenden. Sabemos por experiencia, que la infinita sabiduría de Dios, que en el gobierno del mundo no lo abandona todo á los caprichos y las pasiones de los hombres, se sirve frecuentemente, y sobre todo, en tiempos y circunstancias solemnes, de medios y hombres verdaderamente extraordinarios bajo muchos conceptos. Todo le es posible el inmortal Rey de los siglos; pero, á menudo se complace en desconcertar, con los instrumentos de que se sirve, la prudencia humana. En el siglo XIV, de nuestra era, no, se valió del brazo de una doncella para salvar á la Francia, como en otro tiempo salvó el pueblo de Israel por mano de la viuda Judith?

CAPÍTULO X.

DE LO QUE HARÁN ENOCH Y ELIAS.

En el capítulo XI del Apocalypsi, hallamos lo que harán esos dos grandes personajes; y para saberlo, bastará estudiar lo que allí se dice de los dos testigos, que, segun todos los intérpretes, son Enoch y Elias.

Versículo 3.—*Yo daré orden á dos testigos míos, á mis dos grandes mártires, una boca elocuente y una profunda sabiduría á que no podrán resistir sus enemigos. Y harán oficio de profetas; yo, que soy su Dios, les daré la orden y les comunicaré la gracia necesaria, para predicar á las naciones la divinidad de Jesús, mi Cristo, el fin del mundo y el juicio final. Y profetizarán cuervos de sacos, esto es, practicando la mortificación, y siendo su ejemplo una exhortación á la penitencia por espacio de mil doscientos y sesenta días, casi todo el tiempo que durará la tiranía del Anticristo y de sus sectarios, el cual será de cuarenta y dos meses y medio, ó de mil doscientos setenta y siete días.*

Versículo 4.—*Estos son dos olivos: Como los dos han sido ungidos con el óleo de la santidad, de la caridad, de la sabiduría, en una palabra, de todos los dones del Espíritu Santo, derramarán el bálsamo de la salud y consolación sobre las llagas de los pueblos. Y así, por medio de esos dos olivos místicos, la Iglesia recibirá una extraordinaria unción celestial, en medio de sus formidables pruebas. Son tambien dos candeleros puestos en la presencia del Señor de la tierra; pues iluminarán á los hombres, enseñarán á los pueblos la justicia y la verdad; y con su viva luz, los Gentiles y los Judios correrán á alistarse bajo el estandarte del Dios crucificado. Para esta obra admirable, viven todavía en el lugar señalado por el Señor, que es el dueño de la vida, y de la muerte, de la tierra y del cielo, de todos los elementos.*

Versículo 5.—*Y si alguno quisiere maltratarlos, ó poner trabas á su predicación, quitándoles la libertad de la palabra, saldrá fuego de su boca. Los dos testigos llenos, segun San Juan, de lo que hay, á la vez, de más dulce y más fuerte, para consolar el pueblo escogido y castigar sus enemigos, serán como Moisés y Aarón en Egipto, y como Elias, en tiempo de Achab y Jezabel,*

poderosos en obras y en palabras: de su boca saldrá una llama devoradora, que confundirá á sus adversarios, y, finalmente, los destruirá. Porque, *devorará á sus enemigos: pues así conviene sea consumido, quien quisiera hacerles daño; es necesario que los perseguidores perezcan, y que, después de una muerte vergonzosa y cruel, sean enviados al fuego eterno.*

Versículo 6.—*Los mismos tienen poder de cerrar el cielo, para que no llueva en el tiempo que ellos profetizan: y tienen tambien potestad sobre las aguas para convertir las en sangre, y para apagar la tierra con toda suerte de plagas siempre que quisieren. No nos detengamos en buscar un sentido misterioso en esas palabras; entendámoslas al pié de la letra y en su sentido óbvio y natural. Los dos testigos tendrán, pues; primero, el poder de cerrar el cielo, es decir, de enviar la esterilidad sobre la tierra, como lo hizo otras veces Elias, para castigar las prevaricaciones de Israel. En un sentido mas lato, podrán causar tan grandes trastornos en los elementos terrestres, que, en aquellos tiempos, la tierra no producirá yerbas ni plantas, y el hambre desolará el mundo. En segundo lugar, tendrán poder para convertir el agua en sangre, como lo hicieron Moisés y Aarón para castigar los Egipcios, crueles perseguidores de los Israelitas. Y en un sentido mas amplio, ellos suscitarán contra los enemigos de Dios; que serán naturalmente sus suyos, guerras terribles; y en ellas se derramará tanta sangre, que las aguas de los rios aparecerán rojas. Tercero, tendrán poder de causar otras plagas, que no es posible prever ni anunciar. Las plagas de Egipto fueron diez; y figuraron las plagas, probablemente mas numerosas, con las cuales Enoch y Elias afligirán la tierra, para castigar á sus habitantes, que se hayan prostituido, tributando un culto abominable al Anticristo.*

Verdad es, que este hombre inicuo y sus ministros, harán tambien, á su vez, cosas prodigiosas. Sucederá como en tiempo de Faraon. Nadie ignora, que este príncipe y sus adivinos, por sus mafefticos, llegaron á imitar algunos de los milagros de Moisés y de su hermano Aarón. El Anticristo, por permiso de Dios, tendrá un gran poder sobre los elementos, y hará inconcebibles esfuerzos para reproducir, cuando menos imperfectamente, los hechos milagrosos, que

Enoch y Elias obrarán por virtud divina en el cielo y en la tierra, en las aguas, á arboles, plantas, frutos y animales domésticos; y, por último, contra las personas de los imperios, á quienes herirán con plagas crueles, cuyo dolor les hará perecer en gran número. Sin embargo, no podrá igualar los prodigios divinos, ni en su multitud, ni en su perfección; porque no obrará sino por espíritu de iniquidad, ó por virtud del demonio, de quien estará poseído, y cuyo poder y actividad no alcanzan á hacer un verdadero milagro, ó sea, un acto verdaderamente derogatorio de las leyes, que el mismo Dios se ha dignado imponer á la naturaleza y á los elementos que la componen.

Versículo 7.—*Mas despues que concluyeren de dar su testimonio; despues de sus muchos trabajos y padecimientos, despues de haber cumplido el tiempo de su predicación, y alcanzado, por consiguiente, el término designado de mil doscientos sesenta días, la Bestia, que rubrá del abismo, es decir, el Anticristo, suscitado, engrandecido y sostenido por el infierno, y á quien se da el nombre de Bestia por sus costumbres impuras y feroces, moverá guerra contra ellos; primero, con sus agasijos, sus artificios y ofertas seductoras; despues, con sus amenazas, ataques subterráneos, y falsos milagros, y, en fin, con una persecución abierta é implacable. Y los vencerá; se apoderará de sus personas y de un considerable número de sus discípulos, abrumándoles con toda especie de tormentos, y haciéndoles inhumanamente morir; y por orden suyo, sus cuerpos serán arrojados á las plazas públicas, á fin de que sean expuestos á la vista del pueblo. El tirano cuidará de hacer publicar por todas las provincias de su vasto imperio la derrota y suplicio de esos profetas, lo mismo que su victoria, para que, las naciones tiemblen ante él, y se le sometan; vean que, en realidad, es superior á todo poder, y que, verdaderamente es el Mesias, hijo de Dios, y Dios mismo. Esto es lo que significan evidentemente las expresiones siguientes.*

Versículo 8.—*Y sus cadáveres yacerán en las plazas de la grande ciudad, que se llama mistericamente Sodoma, y Egipto, donde asimismo el Señor de ellos fue crucificado. Segun la opinion de muchos Padres de la Iglesia, esta grande ciudad será Jerusalem, lo que no vacila en afirmar el venerable Holzhauser. «Esta ciudad, dice, será la*

Jerusalén moderna, denominada la grande ciudad, á causa de su numerosa población y de la inmensa celebridad que, sobre todo, tendrá entonces. Será grande por sus riquezas, por sus tesoros, por los pueblos, las naciones y los hombres de diversos idiomas, que la habitarán, y afuirán á ella de todas partes. Y en las plazas de esta ciudad, serán arrojados los cuerpos de los dos profetas Enoch y Elias, juntamente con los de varios otros santos mártires, que habrán sido invencibles con la confesion del santo nombre de Jesús, y resistido hasta la muerte al hijo de perdition. Entre ellos se encontrarán especialmente los sacerdotes y los doctores, de que habla Daniel: *Y los sábios del pueblo iluminarán á mucha gente, haciéndose víctimas de la espada, del fuego, del cautiverio, y de la rapiña ó saqueo que durará muchos dias.* (XI, 33.) Además; esa ciudad es llamada Egipto, porque Jerusalén y su rey harán contra Jesucristo, en los dias de Enoch y Elias, lo que Egipto y su principe hicieron contra Dios, en los dias de Moisés y Aarao: esto es, harán ostentacion de impiedad, lucha de milagro con milagro, esfuerzos satánicos para seducir á los escogidos, é impedirles entrar en la tierra prometida, que es el cielo.

Debemos añadir, que muchísimos autores piensan, que esa ciudad pudiera muy bien ser Roma, de la que el Anticristo se apoderará, ó otra gran ciudad, en donde fijará su residencia principal, y la hará capital de sus estados, París, Constantinopla, Viena, ó Londres, por ejemplo.

Versículo 9.—*Y las gentes de las tribus, y pueblos, y lenguas, y naciones, estarán viendo sus cuerpos por tres dias, y medio; esto es, por un tiempo muy corto, respecto al de la persecucion, que será de tres años y medio.* El venerable Holzhauer pretende, que es necesario tomar aquí un dia por una semana. Así, los cuerpos de los dos profetas, y los de sus discípulos muertos con ellos, quedarán expuestos á la irrision y juguete de los impíos, tres semanas y media; en cuyo tiempo su jefe se aplaudirá de su triunfo, en medio de las más horribles escenas. No permitirán que se les dé sepultura. Se les dejará insepultos, para inspirar á las naciones congregadas, sentimientos de crueldad y de terror, mostrándoles el poder y la divinidad del falso Mesias, que los habrá vencido y condenado á muerte.

El Anticristo, entónces, se gloriará de su última victoria; y se embrigará de tal orgullo, que, en los transportes de su corazón, subirá á la cima del monte que está al Oriente de la ciudad, para recibir allí públicamente la adoracion de los pueblos, y despues subir al cielo, en presencia de ellos. Los intérpretes, que admiten esta circunstancia, entre ellos Lirano, Menochio, y Holzhauer, siguiendo en esto á San Jerónimo, se apoyan en este texto del capítulo XI de Daniel: *Y sentará su Real pabellon entre los mares, sobre el incito y santo Monte, y subirá hasta su cumbre; pero despues perecerá, y nadie le dará socorro. Et figet tabernaculum suum Apadno inter maria, super montem inclytum et sanctum... et veniet usque ad summitatem ejus, et nemo auxiliabitur ei.*

Versículo 10.—*Y los que habitan la tierra se regocijarán con ciertos muertos, y harán fiesta: y se enviarán presentes los unos á los otros, á causa de que estos dos profetas atormentaron á los que moraban sobre la tierra.* Estas expresiones anuncian el jubilo frenético de los impíos, en el brevísimo tiempo del reinado universal de su emperador, que ensalzarán y gloriarán de todas maneras. Como él habrá tenido buen cuidado de anunciar por do quiera su brillante victoria sobre los dos profetas; los pueblos, agitando como las olas del mar, acudirán de todas partes á la gran ciudad, Jerusalén, Roma, ó alguna otra, que no podemos determinar, para ver por sus propios ojos los cadáveres de los personajes, poco ántes tan poderosos; y levantarán multitud de estatuas y de trofeos á la gloria del vencedor; se enviarán presentes los unos á los otros, bailarán, y se abandonarán á todos los delictes de la carne, persuadidos de que ya nadie podrá turbar su reposo, habiendo muerto los dos grandes predicadores, que se lo turbaban con sus amenazas y los actos terribles de su poder.

Versículo 11.—*Pero al cabo de tres dias, y medio, entró en ellos por virtud de Dios el espíritu de vida. Y se alzaron sobre sus pies, con lo que un terror grande sobrevió á los que los vieron.* No permitirá Dios que sea duradero el triunfo de los malos sobre sus servidores y amigos. Despues de haber sido profanados los cuerpos de los dos profetas, por espacio de tres dias y medio, el Señor les enviará su espíritu, cuya fuerza

omnipotente les devolverá la vida; y esta transformacion súbita é inesperada, llenará de estupor al Anticristo y á su ministro, que serán testigos de ella.

Versículo 12.—*En seguida oyeron una voz sonora del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube: y sus enemigos los vieron.* Los comentaradores nos dicen, que es necesario tomar á la letra y en su sentido natural estas expresiones. El Señor, pues, para recompensar con magnificencia á sus dos grandes servidores, por los trabajos y valor en sostener la verdad, en medio de los tormentos, despues de su resurreccion triunfante, les hará subir al cielo, que es la ciudad de su gloria, en presencia de todos esos pueblos que, al llamamiento del Anticristo, corrieron á la capital, para tomar parte en su triunfo y en la proclamacion de su divinidad, como dejamos dicho. A aquella dulce invitacion, Enoch y Elias, seguidos de los compañeros de su martirio, se remontarán en cuerpo y alma al firmamento; una nube brillante los recibirá sobre sus alas, y llegarán triunfalmente á las puertas de la bienaventurada eternidad, como en otro tiempo, Jesús Nazareno, cuya doctrina habrán predicado con tanto celo, y cuyas divinas prerogativas habrán defendido con tanto vigor. Pues ¿no es justo, que, habiendo imitado á su Señor y Maestro en su pasion y muerte, tengan tambien la dicha de parecérselo en su resurreccion y ascension al cielo?

Yed ahí los acontecimientos prodigiosos de la nueva vida terrestre, que Dios dará á Enoch y Elias, por haber combatido al Anticristo y sus partidarios, dado gloria al Señor, y consolado á las almas fieles á Jesucristo, su Hijo.

No nos hemos apartado del texto sagrado, que nos anuncia su venida y sus actos. Nos hemos guardado de entrar en los detalles que ofrece la interpretacion de los diversos sentidos del texto: porque cuanto más ciertos nos parecen los hechos anunciados, tanto más inaccesible á la debilidad de nuestras luces se nos presenta el desenvolvimiento de sus circunstancias futuras. «El porvenir, dice Bossuet; se ofrece, casi siempre, de muy distinta manera, que lo imaginamos; y aún lo que Dios de él ha revelado, acontece como nunca lo hubiéramos previsto.»

CAPÍTULO XI.

DE LA MUERTE DEL ANTICRISTO, SEGUIDA DE LA CONVERSION DE LOS JUÍDOS.

Todos los enemigos de Jesucristo, todos los perseguidores de su Iglesia, todos los Anticristos, pequeños y grandes, han perecido, mas ó ménos miserablemente, como lo demuestra la historia. No nos detendremos aquí á referir esas muertes desastrosas, que fueron otros tantos anuncios y figuras del espantoso fin del que será su jefe en poder y en malicia.

Cuando el Anticristo vea, que Enoch y Elias, sus dos formidables adversarios, resucitan y suben al cielo, se sentirá oprimido por el terror, y se inflamará su ira. Entónces, ciego de orgullo, y arrebatado de despecho, á la faz de las naciones, que empezarán á dudar de la solidez de su reinado y realidad de su origen divino, para retenerlos bajo su cetro y su error, invocará á los demonios, y á Satanás, su principe, que se apresurarán á socorrerle; y apoyado en sus brazos invisibles, saldrá de su capital con gran pompa, subirá á un monte cercano, y á llegar á la cumbre, en presencia de una muchedumbre inmensa, se elevará de la tierra con majestad, se remontará por los aires, y se esforzará en alcanzar á Enoch y Elias, para luchar contra ellos en las nubes y precipitálos á la tierra. En ese momento de presuncion extravagante, se realizará la profecía tan clara de San Pablo: «Entónces se dejará ver aquel perverso, á quien el Señor Jesús matará con el resuello de su boca, y destruirá con el resplandor de su presencia.» *Tunc revelabitur ille iniquus, quem Dominus Jesus interficiet spiritu oris sui, et destruet illustratio-ne adventus sui eum.* (II THESS. II, 8.) (1).

El Apocalypsi nos dá á entender cómo se verificará este repetido castigo, en el versículo que sigue á los textos que hemos explicado en el capítulo anterior: *Y en aquella hora se sintió un gran terremoto, con que se arruinó la décima parte de la ciudad; y perecieron en el terremoto siete mil personas; y los demás entraron en miedo, y dieron gloria al Dios del cielo.* (XI, 13.) En el mismo momento, pues, que el hijo de perdition,

(1) Véase la nota V.

remontándose por los aires, desaparecerá en medio de las nubes, soplará un viento impetuoso, seguido de un horrible temblor de tierra, que trastornará toda la comarca. Una parte considerable de la gran ciudad, se desplomará con estrépito. Los falsos doctores, y sus adherentes, perecerán casi todos; y el Anticristo, precipitado de lo alto á los abismos de la tierra entreabierta, caerá vivo en el fondo de los infernos. Simón Magó, que en Roma se elevó por los aires, con el auxilio directo de los espíritus tenebrosos, y cayendo al instante en tierra, por las oraciones de san Pedro y san Pablo, quedó muerto, como lo refiere la historia; fué una exacta imagen de la horrible catástrofe, en la que perecerán el Anticristo y sus viles aduladores (1).

Entonces, según la opinión más probable, los Judíos, que le sobrevivían, viendo con sus propios ojos los terribles castigos de la justicia divina, y el exacto cumplimiento de las amenazas, que Enoch y Elias habíales hecho, se acordarán de sus exhortaciones á la penitencia, y empezarán á ponerlas en práctica. Testigos entonces de la impostura de ese execrable tirano, que se fingía el Mesías, de su vergüenza y de su suerte espantosa, implorarán juntos la misericordia de Dios, y se convertirán sinceramente á él y á su verdadero Cristo, Jesús Nazareno, Nuestro Señor, crucificado en otro tiempo por sus padres. *Videbunt in quem transfecerunt.* (JOANN. XIX, 37.)

Esta conversión completa del pueblo judío está claramente anunciada en las santas Escrituras; y ha formado siempre el objeto de la piadosa creencia de los siglos cristianos.

CONFLAGACION GENERAL.

Se ha dicho, que los cuarenta días de la horrible lluvia, que sumergió la tierra y sus habitantes en la época del Diluvio, figuraban los cuarenta días, que durará el último castigo de los impíos, en la época de la conflagración general. Pero, como los cuarenta días de intervalo entre Pascua y la Ascension, anuncian el trabajo del viejo mundo pagano, para efectuar su paso al nuevo mundo cristiano; así, durante el corto período de tiempo, que seguirá á la caída

(1) Véase la nota VI.

del Anticristo, Dios herirá el mundo actual por un golpe violento, cuyo impulso le llevará rápidamente á los buenos siglos de la restauración perfecta.

Esta catástrofe, cierta, será semejante á la del Diluvio; con la diferencia, de que el fuego reemplazará al agua. Sobre el particular, debemos consultar las sagradas Escrituras, pues, es evidente, que de la gran revolución futura, solo sabemos lo que plugo á Dios revelarnos. Hé, aquí, los textos más notables: «Vendrá Dios manifestamente, y llevará delante de sí un fuego devorador: «al rededor de él una tempestad horrorosa. » (Ps. XLIX, 3). Cuyo ardiente celo devorará toda la tierra: pues él á toda prisa «terminará á cuantos la habitan. (SOPH. I, 48). Delante de él va un fuego devorador, » y lleva en pos de sí una abrasadora llama: «la tierra que antes de su llegada era un paraíso de delicias, la deja hecha un desierto, sin que nadie pueda librarse de él. (JER. II, 3). Viene el Señor; está su saña encendida, y hará que se conozca su terrible brazo en medio de su ira amenazadora, y de su fuego devorador. (Is. XXX, 24 et 30.)

Esto es lo que encontramos de más formal en el Antiguo Testamento. Abramós ahora el Nuevo: «Los cielos, que ahora existen, » y la tierra, se guardan por la misma palabra, para ser abrasados por el fuego en el día del juicio, y del exterminio de los hombres malvados... El día del Señor vendrá como ladrón; y entonces los cielos con espantoso estruendo pasarán, los elementos con el ardor del fuego se disolverán, y «la tierra, y las obras que hay en ella serán abrasadas... Aguardad, y corred á esperar la venida del día del Señor, día en que los cielos encendidos se disolverán, y se derretirán los elementos con el ardor del fuego.» (II PETR. III, 7, 10 et 12.)

Hé aquí, lo que nos anuncia el Principio de los Apóstoles. Contentémonos con ese testimonio tan preciso de la fe y enseñanza de los discípulos de Nuestro Señor.

La tradición del género humano, en ese punto, está en armonía con la Escritura: era una creencia universal entre los antiguos paganos, como refiere Ovidio, «que, según estaba ordenado por el Destino, llegaría un tiempo, en el cual la mar, la tierra, y los cielos se abrasarían, y la masa entera del mundo sufriría un rudo trabajo

de transformación.» (METAM.) Séneca apoya la afirmación del poeta, diciendo: «Cuando llegue el tiempo en que el mundo se extinguirá, para renovarse inmediatamente, los elementos caerán por su propio peso; los astros chocarán entre sí; é inflamándose la materia por todas partes, todo lo que nosotros vemos y admiramos hoy día, será destruido por un fuego universal.»

No es necesario añadir, que esta ha sido la creencia del Pueblo de Dios, y que tal es hoy día la persuasión de los pueblos católicos, como puede verse en las obras teológicas que tratan del juicio postrero y del fin del mundo, y en todos los autores que han comentado las Epístolas de san Pedro; ó ensayado explicar el Apocalypsi.

Según esos testimonios, tan terminantes, debemos creer, que Dios ejercerá su venganza sobre la tierra culpable, destruyéndola, ó más bien, trastornándola hasta sus entrañas, con un fuego extremadamente vivo y devorador.

Más, ¿cuáles medios empleará para excitar ese incendio universal?

Es probable que, en el momento del diluvio, Dios inclinó la tierra; y con esta inclinación, con la erección de unos veinte y tres grados sobre su eje, desapareció el equilibrio de los mares; y como que los vastos subterráneos no retuvieron mas las aguas en sus cavidades profundas, la superficie del globo fué enteramente inundada por espacio de un año entero. Pues bien; la justicia divina ¿no podrá recurrir á medidas análogas para efectuar la conflagración general? Es muy difícil responder de un modo preciso á esta cuestión.

Para dar una explicación probable de la catástrofe diluviana, tenemos la historia que nos dejó el escritor sagrado; historia muy sencilla, es cierto, pero que contiene sin embargo detalles, en los cuales puede uno apoyarse; como las aberturas de las cataratas del cielo, la ruptura de los manantiales del abismo, la lluvia de los cuarenta días, y el haber subido el nivel de las aguas sobre las más altas montañas. Pero no encontramos en las sagradas Escrituras ningún texto que nos indique como el soplo poderoso del Señor excitará el incendio universal con que castigará al mundo para transformarlo, y comunicará á nuestro suelo una nueva fecundidad.

Todo lo que se puede afirmar, sin incur-

rir en la nota de temerario, es, que para esa terrible operación, Dios se servirá de los agentes ya creados, que hallará en la naturaleza, su humedad servidora. Lluvia horrorosa de materias inflamables, azufre, aerocitos, ó estellas errantes; caída y presión enorme de astros ó de cometas, que choquen con la tierra; rayos del sol cien veces más ardientes, fuegos interiores y subterráneos; todos los azotes acudirán á la voz de un Dios vengador, para cumplir sus órdenes de exterminio.

Segun una de las más notables expresiones del profeta Isaias, podemos conjeturar cuál será el modo empleado con preferencia por el brazo del Señor, para operar ese inmenso trastorno. *La tierra, dice, se moverá de sus quicios; lo que hará, que el aspecto de los cielos se desconcierte;* (ISAÍAS, XIII, 13) y nos explica la extinción, la desaparición de muchos astros del firmamento. «No se pudiera concluir tambien de esta proposición, que el globo terrestre se inclinará, y con la erección de unos veinte y tres grados sobre su eje, tomará la posición que, probablemente, tenía antes de la caída del hombre, para que el hombre regenerado disfrute de una admirable regularidad de estaciones, y de una verdadera y perpétua primavera?»

Muchos personajes eminentes creen en ese enderezamiento futuro del eje terrestre; y les parece indispensable para el orden y belleza que debe recuperar en el espacio nuestro planeta restaurado; pero ese cambio no explica, según las leyes físicas actualmente conocida, la conflagración universal, destinada á purificar la tierra. Se ha dado un paso más en la región de las conjeturas, y se ha supuesto, que nuestro planeta, obedeciendo á Dios, pudiera muy bien cambiar, no solo de inclinación sobre su eje, sino tambien de órbita en derredor del sol. En su marcha por el espacio, para seguir la nueva ruta que el árbitro supremo de todas cosas le señalare, encontrará esta larga zona de estrellas errantes, que forman, según toda probabilidad, la luz zodiacal. Y entonces esos innumerables astéroides, precipitándose sobre ella de todas partes, la abrasarán por el choque en una multitud de puntos, y entreabrirán al propio tiempo algunos de sus abismos, inmensas hogueras de fuego central, cuyas chimeneas son nuestros volcanes.

Estas palabras: *La tierra se conocerá de sus quicios: el sol y la luna no darán luz, los astros desaparecerán*, y otras misteriosas proféticas de los Libros Santos, ¿no parecen indicar, que la tierra saldrá del sistema planetario, del cual forma parte, para ir a habitar en otro; que al pasar cerca del sol, será abrasada; y que llegada en medio de esos mundos, de que se componen los otros sistemas de nuestro isla mundo, todo cambiará en torno de ella, y tendrán sus nuevos habitantes otro sol, otro firmamento, otra luz y una vida diferente?

Además, la mayor parte de las rocas de que se compone la crosta del globo, crosta cuyo espesor es de unos sesenta y cuatro kilómetros, y, por lo mismo, apenas suficientes para circunscribir y reprimir, las masas incandescentes del interior,—encierran materias bituminosas de las que se extrae un aceite muy inflamable, el aceite mineral. Nadie ignora, que en ciertos países este aceite fluye espontáneamente y en abundancia de las grietas y fisuras de las rocas; por ejemplo en las riberas del mar Caspio; y esto explica, sin duda, porque la superficie de este mar, en vez de vaporosa y nebulosa como la del mar Mediterráneo, Ponto Euxino y, sobre todo, del Océano, aparece á menudo cubierta de llamas azules ó color de violeta, parecidas á las de un ponche, quien nos asegura, que la mano de Dios no querrá pegar fuego á esas materias inflamables, y, de esta suerte, disolver las rocas, reducirías á polvo, inutilizarías para resistir á la presión interna de los torrentes de lava, que llenan las cavidades del globo, ó impedir que invadan su superficie?

Un hábil hidróscopo contemporáneo afirma, que la escasez del agua sobre la superficie de los continentes, vá cada año en aumento. Y añade: «Este es un resultado inevitable de las leyes establecidas por el Criador, como lo demostraré mas tarde. Los desmontes progresivos, el humo de las fábricas, la prodigalidad del vapor, el uso excesivo y general de la electricidad, son, no cabe duda, las causas de la disminución de la humedad terrestre y atmosférica.» (*M. el abate Richard.*) Sea lo que se quiera de la naturaleza de esas causas, el efecto existe. Las leyes generales de la atmósfera están alteradas; y siendo cada vez más notable esta alteración ¿no puede llegar un tiempo, en que los continentes sean devorados por

la sequía? Lo que efectuará más tarde la conflagración reservada á nuestro globo, bien pudiera tener lugar, casi naturalmente, sirviéndose los ministros de la venganza divina, para ejecutarla, de las causas de incendio ya existentes; ó bien, hablando más cristianamente, y mas conforme á la verdad ¿no pudiera suceder, que estando el hombre, por el abuso que acabamos de indicar, á punto de destruir el equilibrio y la economía de las leyes de Dios, relativas á los elementos de nuestro globo, ese gran Dios ataje de repente la destrucción de su obra por una intervención terrible, que, al mismo tiempo que castigue la audacia de la impiedad, renueve la faz de la tierra.

Admiremos la fecundidad de la imaginación humana; pero sin dejarnos seducir por sus invenciones, más ó menos felices y brillantes. Así como el Señor tuvo á su disposición mil medios para inundar la tierra con las aguas del diluvio, del mismo modo, en los últimos tiempos, dispondrá de innumerables medios para producir el horrible incendio. Nosotros no conocemos con bastante exactitud la naturaleza de los elementos terrestres, sus propiedades, sus afinidades, sus repulsiones, las modificaciones diversas que pudieran sufrir, á consecuencia de un movimiento dado á sus masas, en tal ó cual sentido, por el Motor supremo, para que nos atrevamos á decir: Dios obrará de esta ó de aquella suerte; la catástrofe comenzará de esta ó de aquella manera.

La materia tiene ahora sus leyes generales. A algunas de ellas se les dá el nombre de atracción y repulsión, de fuerza centrifuga y fuerza centripeta; y sobre estas bases, descansa el sistema de Copérnico. Mas me inclino á creer, que no existían esas leyes ántes de la caída del hombre, y que cambiarán despues de la reforma entera y perfecta. Esta mutación súbita de propiedades, afinidades y antipatías en los diversos elementos del globo, en su atmósfera, en todo lo que le rodea y está encerrado en la esfera de su actividad; será la causa inmediata de la gran revolución final, de esa conflagración universal, que durará hasta que todas las cosas queden de nuevo equilibradas, segun la voluntad de Dios, en condiciones más favorables á la felicidad del género humano.

Pero detengámonos. Esto nos conduciría á un nuevo órden de ideas sobre la compo-

sición de la materia, su coordinacion en los campos de la creación, y sobre las dificultades que ofrece el sistema de Copérnico. Y no es ese el momento más oportuno para esta clase de trabajos, que, por otra parte, exigirían por sí solos un volumen entero.

Concluiremos con un elocuente obispo, que, en el día de la última catástrofe, la naturaleza entera lanzará un grito terrible contra los impíos, y querrá tomar parte en su castigo. «La naturaleza física, consiente ahora en servirnos: ella nos dá pan, vestido, agua, hermosas uvas, excelentes aceitunas, y todo lo que es necesario para los sacramentos y la vida física; pero aspira al órden sobrenatural; y cuando los impíos nos dicen: la naturaleza no puede subir á Dios, yo contesto: ella aspira á recibirle. Un día se armará, como nos lo asegura el Espíritu Santo, en el libro de la Sabiduría: al fin de los tiempos, Dios armará las criaturas para vengarse de sus enemigos; y todo el universo peleará contra los insensatos: *Armabit creaturam ad ultionem inimicorum, et pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos.* La creación rugirá contra esos desgraciados, que quieren arrebatarle su gloria. *Omnis creatura vanitatis subjecta non volens.* Entretanto, la creación gime, hasta el día en que se levantará furiosa como un numeroso ejército, y combatirá contra los prevaricadores (1).

NOTA I.

Difícilísimo fuera enumerar exactamente los numerosos autores que han hablado del Anticristo. Citaremos solo, entre los Padres, á san Ireneo, san Hipólito, Lactancio, san Jerónimo, san Agustín, san Cirilo de Jerusalén, san Efrén, san Gregorio de Tours, san Gregorio el Grande, santo Tomás; y, entre los comentaristas ó teólogos, á Vicente de Beauvais, Lyrano, Tirino, Estio, Gagné, Deus, Lachétardie, Holzhauser, Cornelio á Lápide, Menochio, Bossuet.

Pero el que ha escrito con mayor extensión, y, por decirlo así, más expresamente del Anticristo, es, sin contradicción, el do-

(1) Discurso del Ilmo. Bartheaud, obispo de Tulle.

mínico español Tomás Malvenda. Este religioso enseñaba en su órden con mucho éxito la filosofía y la teología. Llamado á Roma por su superior general, auxilió al célebre cardenal Baronio, en la composición de su *Martirologio*. Despues de haber terminado con mucho celo y discernimiento los sabios trabajos que se le confiaron, murió en Valencia, á la edad de sesenta y dos años, en 1628.

Su obra del *Anticristo* hizo mucho ruido en aquel tiempo; y es, en efecto, muy notable, á pesar de sus defectos, de los cuales el principal consiste en ser demasiado difuso y cargado de detalles. Trata, aunque por incidentes, casi de todas las cosas: basta decir, que dicha obra forma un grueso volumen en folio.

Es largo y curioso trabajo está dividido en trece Libros. Despues de haber expuesto en el primero, las opiniones de los Padres acerca del Anticristo, el autor examina, en el segundo, el tiempo de su venida; en el tercero, diserta sobre su origen y su nación; sus caracteres son el objeto del cuarto y quinto; en el sexto habla de su reinado y de sus guerras; en el séptimo, de sus vicios y crímenes: en el octavo, de su doctrina y prodigios; en el nono, de sus persecuciones. Los cuatro últimos Libros tratan de la venida de Enoch y Elias, de la conversion de los Judíos, de la muerte del Anticristo, y del triunfo final de Jesucristo y de la Iglesia.

En resumen, es una obra realmente preciosa; que supone en su autor una erudición vastísima, y es, aún hoy día, estimada de los sábios.

Citaremos tambien el pedion *Tratado sobre el Anticristo*, del abate Adson, dedicado á la reina Gerberga, mujer del rey Luis, llamado el *Ultramarino*.

NOTA II.

Muchos Padres, y entre ellos Orígenes y Tertuliano, han afirmado, que el Anticristo será un demonio encarnado, y reconocen, generalmente, que esto nada tiene de imposible, absolutamente hablando.

Otros autores han dicho, que la madre del Anticristo será una mujer adúltera, y que el demonio se apoderará de él así que nazca.

Algunos, en fin, han pretendido *ex nar-citatum ex muliere corruptissimam et Demo-ne incubo*, como se ha verificado, dicen ellos, con algunos famosos personajes de la antigüedad, tal como Rémo y Róulo, Serva, Tulio, Platon, Alejandro el Grande, Seleuco, Escipion el Africano, César Augusto, etc.

Pero la opinion comunmente admitida, es la de san Gregorio y san Anselmo, opinion que sostienen Maivenda, y el venerable Holzhauser, y que nosotros hemos expuesto, á saber: que el Anticristo vendrá al mundo por las vias ordinarias, y que en él estará mezclada la sangre turca con la israelita.

Relativamente al lugar de su nacimiento, hay diversas opiniones. Unos creen, que nacerá en la ciudad de Dan, al extremo límite de la Tierra Santa: otros, en Babilonia, no la Babilonia asiria, egipciaca ó romana, sino la Babilonia mística, esto es, en la ciudad más poderosa, y al mismo tiempo más anticristiana y más corrompida en los últimos siglos.

Nosotros hemos adoptado la opinion más razonable, que no indica niágun lugar preciso, puesto que ninguno designan las sagradas Escrituras; como tambien porque este hombre extraordinario se dejará ver primero en el Oriente, con preferencia al centro del catolicismo, esto es, en la Palestina, la Arabia y el Egipto.

Se ha tratado tambien de examinar cual será su educacion. Algunos autores han dicho, que sería criado y educado en Corozai, en Cafarnaum, ó otra poblacion de la Judea. Se supone que el Anticristo, guerra imitar á Nuestro Señor Jesucristo, que vivió muchos años en Nazareth y en la Galilea, y que, por consiguiente, tratará de aplicarse las antiguas profecias, que han de antemano celebrado los lugares santificados por la infancia del Hombre-Dios; lo cual le servirá maravillosamente para seducir á los Judios en los últimos tiempos.

Otros comentadores, con más verosimilitud, han pretendido, que el *Hijo de perdición* se irá formando silenciosamente y secretamente bajo la direccion de sus padres, y que procurará en su adolescencia, pasar totalmente desconocido del mundo, para ofrecer un nuevo rasgo de semejanza con Nuestro Señor, que llevó una vida oculta hasta la edad de treinta años.

Se ha dicho, además, que su preceptor será un demonio, y que este espíritu malvado le iniciará en los secretos de las más sublimes ciencias.

En cuanto al país en que el Anticristo echará los primeros fundamentos de su imperio, y dónde primero se hablará de sus hazañas, algunos intérpretes creen será la Italia; fundados en estas palabras de Balaam, que despues de haber anunciado las desgracias de la tierra de Canaan, se pregunta con dolor: «¿Ay! ¿quién vivirá cuando Dios hará todas estas cosas? y se responde: «Vendrá una gente en galeras desde Italia, vencerá á los Asirios, destruirá á los Hebreos, y al fin tambien ella misma parecerá. *Veniet in tritibus de Italia, superabunt Asirios, vastabuntque Hebraeos, et ad exitum ipsi peribunt* (Núm. XXIV).»

Segun los comentadores, el profeta predijo aqui evidentemente el gran poder de los Romanos, aunque la fundacion de Roma debia verificarse cuatrocientos ó quinientos años más tarde, bajo el reinado de Achaz, rey de Judá; que esos fieros Romanos subyugarían los Asirios y otros pueblos del Asia, lo que sucedió, en efecto, bajo Pompeyo y César Augusto; que destruirían y dispersarian á los Hebreos, vencedores de los pueblos de Canaan, primero, bajo Josué, y despues, bajo David; destruccion y dispersion, que llevaron á cabo Vespasiano, y Tito, su hijo; que, en fin, esa dominacion gigantesca de los Romanos sufriría terribles golpes, primero bajo Alarico y Gensérico, reyes de los Godos, como nos lo enseña la historia; y más tarde sería destruida completamente en la época de los diez reyes, predichos por Daniel y san Juan, de los cuales el Anticristo subyugará los unos, y quitará la vida á los otros.

Nosotros no hemos juzgado conveniente referir, y mucho menos, admitir tantas conjeturas, que no descansan sobre ningun fundamento sólido.

NOTA III.

La célebre entrevista de M. de Metternich con Napoleon I, verificada el dia 23 de junio 1813, tal como la refieren M. Thiers, en la *Historia del consulado y del Imperio*, y Walter Scott, en la *Vida de Napoleon Bonaparte*, es un episodio de la historia moderna

muy digno de ser conocido y meditado.

Quejándose amargamente Napoleon de la conducta del Austria para con él, echando en cara al embajador de esta potencia, M. de Metternich, el egoismo de su política, que pretendía recuperar en un instante, adverso para la Francia, y sin disparar un tiro, lo que habia perdido en el campo de batalla. Respondióle el principe de Metternich con calma y moderacion, fundándose en la necesidad general de la paz, de cuyas condiciones haciale una exposicion razonada. Empero, cuando más moderada y respetuosamente se expresaba el principe, mas se irritaba el emperador, que, ni aún en la adversidad, podia sufrir la menor contradiccion. He aqui textualmente las palabras de los citados historiadores, refiriendo la lucha diplomática de ambos personajes; lucha instructiva para los pueblos, si su corrupcion no les impidiera aprovecharse de las lecciones de la experiencia.

«Pero, señor, replicaba el principe de Metternich: esa brava nacion (francesa), cuyo valor admira el mundo, no tiene menos necesidad de reposo que las demás naciones. Acabo de pasar por en medio de vuestros regimientos, y he visto, que vuestros soldados son adolescentes, casi niños. Habiéis hecho levaa anticipadas, habéis llamado á las armas una generacion apenas formada; una vez destruida esta generacion por la guerra ¿os atreveréis á hacer otra leva? apelareis á una generacion todavia de mas tierna edad?—Estas palabras, que recordaban á Napoleon el reproche que frecuentemente le dirigian los enemigos que tenia en la misma Francia, le picaron al vivo, y pálido de cólera, el rostro descompuesto, y sin poderse dominar, contestó á Metternich: «¿Acaso cuando mi ejército victorioso se halla á las puertas de Berlin y de Breslau, espera el Austria arrancarme concesiones inconcebibles!... Esperarlo, es insultarme. ¿Y es mi negro quien os envia? ¿En qué actitud quiere presentarme á los ojos del pueblo francés? ¡Ah, Metternich! ¿cuánto os ha dado la Inglaterra para determinaros á hacerme la guerra?—El ministro austriaco, no dignándose defenderse de una acusacion tan grosera, solo respondió con un ademán de desprecio y resentimiento. Siguióse un profundo silencio, durante el cual Napoleon y Metternich se paseaban aceleradamente por la sala, sin mirarse el uno al

otro. Napoleon dejó caer su sombrero, quízás para salir de tan penosa situacion; Metternich, estaba demasiado resentido para representar el papel de cortesano, y el emperador se vió precisado á recogerlo él mismo. Tomando entónces la palabra con tono mas suave, dijo: «Principe, vos no sois militar, no tenéis como yo en el alma el fuego de un soldado; no habéis venido en los campos, ni habéis aprendido á despreciar la vida de otro y la vuestra cuando es necesario..... ¿Qué me importan á mí doscientos mil hombres!...»

Esas palabras conmovieron profundamente al embajador: «¿Abramos, exclamó el ministro austriaco, abramos, señor, todas las puertas y ventanillas; que la Europa entera os oiga! ciertamente ganará mucho en ello: la causa que yo vengo á defender aqui, en vuestra presencia, es, no solo la del género humano, sino la de la misma Francia.»

«Napoleon, ya mas dueño entónces de sí mismo, replicó á Metternich, con cierta sonrisa irónica: «Advertid, principe, que los franceses, cuya sangre defendéis ahora con tanto calor, no tienen motivo de quejarse de mí. He perdido en Rusia, es verdad, doscientos mil hombres, de los cuales, los mejores, en número de cien mil, cierto, eran franceses: yo lo deploro, no lo duéis, deploro vivamente la desgracia de estos valientes hijos de la Francia. Mas los otros cien mil, y muchos más, ya lo sabéis, eran Italianos, Polacos, y principalmente Alemanes.» Al pronunciar estas últimas palabras, lo hizo con un ademán, que significaba: la muerte de todos esos hombres me importa muy poco, ó nada, etc.

NOTA IV.

Se ha aplicado, y con razon, al Anticristo lo que un santo doctor dijo de la infancia de Galgula, y de Juliano Apóstata: ella fué una mezcla de cieno y de sangre, *lutum sanguine maceratum*. Los malos instintos del Anticristo, como los de esos dos tiranos, crecerán y se fortificarán con la edad, y bien pronto su alma será el receptáculo de todos los vicios.

Algunos autores, apoyados en los textos sagrados, que anuncian su venida y reinado, han especificado estos vicios; y son: la

hipocresía, el disimulo, según este versículo del capítulo treinta y cuatro del Libro de Job, que san Gregorio el Grande aplica al Anticristo: El es (Dios) el que permite que entre a reinar un hipócrita, por causa de los pecados del pueblo; *qui regnare facit hominem hypocritam propter peccata populi*: la artimaña, la astucia, según la profecía de Jacob acerca de los destinos de la raza de Dan: la impudencia, la audacia, la temeridad, según el versículo veinte y cuatro del capítulo VIII de Daniel: la magia, el ejercicio de las prácticas más diabólicas, según el versículo veinte y tres del mismo capítulo: la avaricia, la rapacidad, el furor de acumular riquezas, según los versículos veinte y cuatro, veinte y ocho y treinta y ocho del capítulo XI de Daniel; vicios que le harán acaparar las minas de oro y de plata, saquear los templos, los tumbos, las casas de los ricos: el orgullo, la vanidad, la ostentación de que dará pruebas con la suntuosidad de sus palacios, la erección de sus estatuas colosales, la preciosidad de sus vasos, de sus vestidos recamados de oro, de sus muebles magníficos: la sensualidad, la molición, la lujuria, que se esforzará en satisfacer con espléndidos festines; el uso de perfumes los más esquisitos, los baños voluptuosos, las orgías más degradantes, los actos carnales más infames: en fin, la crueldad que le hará deramar torrentes de sangre; la impiedad que le inducirá, como dejamos dicho, á destruir por todas partes el culto del verdadero Dios, para sustituirlo por el suyo propio.

No hemos querido entrar en esos detalles, ni en otros del mismo género. La imaginación del lector los suplirá fácilmente.

NOTA V.

En medio de esta atroz persecución, uno se pregunta: ¿qué hará la santa Iglesia de Jesucristo?

Muchos doctores han ensayado responder á esta cuestión, aplicando á la Iglesia estas palabras del capítulo XII del Apocalypsi: «y la muger huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta días. A la muger, empero, se le dieron dos alas de águila muy grande, para

volar al desierto á su sitio destinado, en donde es alimentada por un tiempo y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, léjos de la serpiente.»

Esos doctores creen, por consiguiente, que el pequeño número de los fieles, que formarán el cuerpo visible de la Iglesia, durante los peores días del Anticristo, buscarán un refugio en los bosques, las cavernas y otros lugares ocultos, para sustraerse á la alternativa de tener que apostatar, ó sufrir los más crueles suplicios.

Esto es lo que, en su concepto, predijo el profeta Isaías, con las siguientes palabras del capítulo XVI: «Sucederá que las hijas de Moab, en el paso del Arnon, se hallará como una ave que huye, y como pollitos que saltan fuera del nido. Aconsejate, consulta el caso, haz sombra á los que huyen; de modo que se oculten en medio del día como en una oscura noche; escóndete á los fúgitivos, y no entregues á los israelitas que andan errantes. Hospeda junto á ti mis hijos fúgitivos. Sé tú, oh Moab, su asilo contra el devastador, porque como el polvo está ya desvanecido; feneció por fin aquel desdichado, aterrado está el que hollaba la tierra. *Moab, esto latibulum eorum á facie vastatoris; finitus est enim pulvis, consummatus est miser, defecit qui concubabat terram.*

NOTA VI.

El mayor prodigio que hará el Anticristo será el último, según varios intérpretes que cita Malvenda, y cuya opinión adopta. Con este hecho milagroso, pondrá el colmo á su impiedad, al mismo tiempo que á la audacia de sus partidarios; horrorizará y confundirá en algún modo, á los verdaderos cristianos, y atraerá, en fin, sobre su cabeza el terrible castigo que le reserva, según san Pablo, la cólera del Hijo de Dios.

El Anticristo fingirá, pues, que acaba de morir; aparecerá muerto; y su muerte, que constará jurídicamente, será creída de los pueblos naturalmente crédulos. Y con qué objeto se fingirá muerto? Para procurarse la gloria de resucitar al cabo de algunos días, á imitación de Nuestro Señor Jesucristo, reaparecer de repente lleno de fuerza y vida á los ojos de las naciones, llenas

de estupor por tal acontecimiento, y darles una prueba invencible de su divinidad.

Apóyase esta opinión en estas palabras del Apocalypsi, que nosotros, con el venerable Holzhauser, y otros autores, hemos aplicado á la ruina del imperio turco ó mahometano, ruina seguida de su restauración bajo el reinado del Anticristo: «Vi luego una de sus cabezas que parecía como heri-

da de muerte; y su llaga mortal fué curada. Con lo que toda la tierra pasmada se fué en pos de la bestia. *Vidi unum de capitibus eius quasi curatum in morte, et plaga mortis ejus curata est; et admirata est universa terra post Bestiam.*» (1).

(1) Apoc. XIII, 3.